

ELOGIO DE GARCÍA MORENO

Eminencia, monseñores, señores y hermanos:

¿Por qué el *Comité católico de las Amistades francesas en el extranjero*, uniendo a su llamamiento el de la *Asociación católica de la juventud*, tomó la iniciativa de convocaros en este ilustre santuario? ¿Por qué un príncipe de la Iglesia, primer pastor de la diócesis de París, apenas vuelto de la Ciudad Eterna, se digna aportar a esta asamblea, con el honor de su presencia, el muy alto y precioso concurso de su autoridad religiosa y de su patriotismo siempre vigilante? ¿Por qué los distinguidos representantes de varias naciones se encuentran al pie de este púlpito, desde el cual va a hacerse oír el elogio de un hombre de Estado extranjero, nacido cien años ha, caído, hace cerca de medio siglo, bajo el hierro de asesinos? ¿Abrigamos, unos u otros, la intención secreta de echar en la balanza de los partidos de un país que no es el nuestro el peso de nuestra simpatía y de nuestra admiración?

Seguramente que no.

Fieles al título con que se honra el Comité del cual es director e intérprete el que os habla, nos proponemos rendir homenaje a un jefe de Estado que fue, en el poder, inconfundible campeón de la idea católica; admiradores y amigos de nuestros hermanos de fuera, nos complacernos en celebrar la gloria de un hombre que, al testimonio de sus compatriotas, aun de sus más apasionados adversarios, fue incontestablemente uno de los más grandes –algunos han dicho el más grande– que la América española ha producido.

Y si porque García Moreno fue el hombre íntegro, de una sola pieza, de un solo principio y de una sola convicción, al extremo de suscitar contra sí el odio de muchos y la incomprensión de mayor número, en aquellos tiempos en que el liberalismo parecía la última palabra de lo posible y de lo honrado en materia de go-

bierno; si por estas razones parece necesario disipar desde luego algunas malas inteligencias, lo haré recordando a todos, y particularmente a nuestros compatriotas, dos verdades muy elementales sin duda, pero que importa tener presentes en el espíritu, si se quiere juzgar con equidad al que uno de sus sucesores, el doctor Antonio Flores, no vaciló en llamar ante el papa León XIII el presidente mártir.

Primera verdad. Hay un bien y hay un mal; los mismos actos, mientras no lleven en sí mismos una malicia intrínseca, pueden ser buenos o malos, dignos de alabanza o de censura, según que se propongan un fin bueno o malo. Encarcelar a un hombre honrado porque os estorba es una mala acción; encarcelar a un malhechor porque es pernicioso es una buena acción; el jefe de Estado que encarcela al hombre honrado es un tirano; el jefe de Estado que encarcela al malhechor cumple con su deber; calificar a uno y otro de déspota porque ambos han ejecutado el mismo acto, porque han dispuesto de la libertad de sus semejantes, es una aberración intelectual y moral.

Segunda verdad. Un español no es un francés, y el Ecuador no es Francia. Aun en el cuadro de la moral universal, cada pueblo guarda su nota individual. A pueblos y a estados sociales diferentes corresponden legítimamente maneras diversas de gobernar.

Gracias a estos principios, muchas de las objeciones que tales o cuales actos del Presidente de la República ecuatoriana hubieran podido o podrían determinar en ciertos espíritus, espero que caerán por sí mismas, y todos admiraréis fácilmente en García Moreno lo que en él me propongo mostraros:

1º. Una magnífica flor del genio español completado por la fe católica.

2º. Un hombre de Estado convertido, gracias a ese genio y a esa fe, en regenerador de su patria y en mártir de la civilización cristiana.

¡Que el Santo Corazón de María y el Sagrado Corazón de Jesús me ayuden a haceros comprender mejor al que tanto los amó y sirvió!

I

¿Qué es un español? ¿Y qué es el genio de España? Un escritor francés que en España vive y se nutre de los mejores autores de ese país, lo ha dicho recientemente en páginas que son lo más profundo y justo que conozco sobre nuestra grande hermana occidental y latina. Quizá se me conceda algún derecho a juzgarla, a mí que por largas permanencias y múltiples estudios, me he familiarizado también un poco con nuestros caros vecinos de allende los Pirineos. A los españoles les gusta hablar de la «raza», palabra para ellos singularmente más llena y más rica de sentido que para nosotros. Cuando celebran la fiesta de la «raza», el 12 de octubre, aniversario del día en que Cristóbal Colón llegó al Nuevo Mundo, recuerdan con legítimo orgullo que la población de la Península ibérica creó más de veinte naciones en el suelo americano. ¡Ah! ¿No fue preciso que el carácter de esa población fuese de un temple asombroso para transmitirse con todos sus caracteres esenciales; para que España y Portugal, repitiendo en el alma moderna el prodigio más sorprendente de la antigua Roma, y precediendo el del Imperio inglés, pudiesen crear un mundo nuevo formado a la vez de su sangre, de su lengua y de su espíritu? Ese es el milagro de la América hispana.

Temperamento humano que se forjó en las altas mesetas de Castilla, a los brillantes ardores del sol, al cierzo que azota; tan fisiológicamente fuerte que vive lo mismo en las bajas llanuras de la Argentina que en las alturas de Méjico y de los Andes, sin modificarse, sin degenerar, absorbiendo y dominando a los otros elementos, pero sin destruirlos, y constituyendo, desde el Mississippi hasta la Tierra del Fuego, naciones que aún son Castilla, Aragón, Navarra, el País Vasco, Portugal, que, en una palabra, son siempre la idéntica Iberia.

Temperamento fisiológico, pero también temperamento moral. ¡Ah! ¡Cierto es que no era propia para inspirar la voluptuosidad y la alegría de vivir, salvo en las fértiles llanuras que se extienden al pie de sus montañas, la áspera y ruda tierra de España que ha podido compararse a un mar petrificado bajo un cielo límpido, ora de fuego, ora de hielo; pero era capaz de formar una raza de hombres enérgica, rica en nobleza y en espiritualidad.

Yo he visto, hermanos míos, a esos campesinos de las dos Castillas, una de las más vigorosas reservas de humanidad que hay en el mundo. Los he visto, secos y curtidos, trabajar largas horas al sol, casi sin beber y sin comer, y, después, a la caída de la tarde, volver, al paso cadencioso de sus mulas, hacia sus recogidas aldeas, cantando su melancólica y religiosa cantinela. ¡Qué sobriedad en esos hombres! ¡Qué valor! ¡Qué independencia!, ¡Qué majestad! – «la majestad castellana, hija de la majestad romana» ¡Qué inagotable facultad de sacrificio!

¡Ah! Si alguna vez acusáis a ese pueblo de no producir bastante, pensad que produjo un mundo y que es como una madre momentáneamente agotada por el número mismo de sus hijos.

Pueblo, para quien el estoicismo es natural, el estoicismo más humano, es decir, el del gran español Séneca, cuya doctrina se condensa en proposiciones como éstas: «No te dejes vencer por nada de lo que es ajeno a tu espíritu. Ten en ti un eje de diamante. Cualesquiera que sean las contingencias, mantente tan animosamente que al menos puedan decir de ti que eres un hombre».

SI; pero por una consecuencia casi fatal, pueblo eminentemente individualista, donde el individuo, escudado en su derecho y en sus convicciones, va hasta el extremo de su doctrina y hasta el extremo de su independencia, que no hace lo que no quiere hacer, que se niega a inclinarse ante la voluntad ajena, pero a quien otros impiden a menudo realizar la suya; individualismo llevado tan lejos, que ha venido a ser el origen de lo que es preciso llamar la anarquía de las naciones españolas. Pueblo idealista y espiritual en razón de sus propias tendencias, espiritualizado todavía más en sus atractivos por las influencias que el semitismo oriental ejerció sobre él; no hablo solamente de aquellas de que todos hemos beneficiado y que proceden del Evangelio, sino de aquellas que aportaron al suelo de España tantos judíos y, sobre todo, tantos árabes y berberiscos arabizados que en él vivieron durante siglos y cuya sangre hasta se mezcló en muchos puntos con la de los indígenas. Su contacto ¿no fortificó en los españoles esa pasión por la justicia absoluta que los profetas celebran y, por la doble fuerza del ejemplo y de la reacción, esa tendencia al exclusivismo religioso que la Biblia estimula, que el Corán ordena, que el



respeto debido a la verdad justifica, pero que debe atemperar, en sus manifestaciones, la caridad de Cristo?

¡Pueblo que no ha vacilado en reconocer algunos de sus rasgos más salientes en el héroe quimérico de que nos reímos demasiado fácilmente en Francia, porque únicamente le conocemos por las fabulosas aventuras que divierten a nuestra infancia, ese don Quijote, cuya concepción de la justicia y del derecho es noble y conmovedora, pero también tan anárquica!

Pueblo capaz de hacer milagros y que los realizó tan pronto como se disciplinó su genio. Pues bien: ese genio no se disciplinó sino bajo el signo de la cruz y en la fuerte jerarquía de la Iglesia católica.

¡Oh! ¡Qué locura el pretender, como hacen tectos profesores y librepensadores, que, si España no es hoy más próspera, se debe a que es demasiado católica! ¡No! Se debe a que ya no lo es bastante. ¿A qué extremos no llevaría al individualismo del español el libre examen de Lutero y de Calvino?

Hubo un tiempo, un siglo de oro, en que «el catolicismo coronó con una admirable sobrenaturaleza la naturaleza española, y disciplinó, sin disminuirlas, las poderosas energías individuales» de esa raza y de ese país. Las virtudes cristianas ultimaron y moderaron, en lo que tenían de excesivo, sus tendencias naturales. De ese individualismo, el dogma integralmente aceptado y teológicamente enseñado fue el primer límite, del cual ordenó hasta los ardores místicos. Y, en el orden práctico, la autoridad de la Iglesia ante la cual se inclinó, contuvo y dirigió sus actos. Esa disciplina católica fue la que, de un pueblo más bien guerrero que militar y propenso, por ende, a esa otra forma de anarquía que se llama banditismo, hizo el pueblo admirable de los *conquistadores*, de los cruzados que recuperaron España del poder de los moros y sometieron a América.

Gracias a su fe, ese pueblo exclusivo y cerrado se abrió actuando fuera, no sólo con las armas, sino con el pensamiento; San Ignacio de Loyola ¿no es un *conquistador* cuando, con un puñado de hombres, se lanza a la conquista de almas? Santa Teresa marca con su sello místico a todos los pueblos cristianos. Con sus obras literarias, impregnadas de espíritu católico, España radia sobre el universo civilizado, y la misma Francia, la Francia del gran

siglo, calienta a su sol su prosa y sus versos. No os he engañado: fue con la fe católica que el genio español encontró su plenitud, y fue con ella que agradó el mundo físico y el mundo espiritual.

Y porque el español tiene el culto de la verdad absoluta, y porque sabe o siente por instinto lo que debe a su fe, está orgulloso de poseerla y la defiende a toda costa, hasta por medios de que a veces se asombran los demás pueblos.

* * *

Al pintaros el genio español tal como le ha hecho la fe católica, os he trazado anticipadamente los principales rasgos del gran hombre cuyo recuerdo nos reúne hoy. Gabriel García Moreno es español por la sangre. Su padre, García, es castellano, de una antigua familia de Villaverde, el cual fue en 1793 a establecerse en Guayaquil, donde encuentra una joven, española también, Mercedes Moreno, prima hermana del que sería cardenal-arzobispo de Toledo; padres admirables, penetrados de las más nobles tradiciones de su patria, apasionadamente apegados a su fe, que consideran como el más precioso de los bienes que puedan transmitir a sus hijos, fe robusta y fe práctica que les permite hacer frente a las pruebas más rudas.

García Moreno es español por la lengua, por esa lengua sonora y rica, sencilla y clara, naturalmente elocuente, lengua verdaderamente imperial que con tanta justicia reclamaba hace poco el derecho de ser tenida, después del francés y del inglés, por una de las lenguas universales de la humanidad; lengua que manejará con una maestría suprema y de la cual hará brotar, como fulgurantes rayos, las fuertes y luminosas fórmulas que ilustran sus mensajes y sus discursos.

García Moreno es español por el espíritu, por todo ese temperamento físico y moral que he procurado describiros. Sus músculos son de acero; sus modales nobles y dignos, su paso firme, su mirada recta y viva, en ocasiones terrible. Como sus antepasados de la meseta de Castilla, es sobrio, sufrido, indiferente al padecimiento físico; en el curso de sus extraordinarias expediciones por los Andes, durante las guerras civiles, soportará, como cosa de juego, inverosímiles privaciones; pasará tres días sin comer y declarará



tranquilamente que puede dominar el hambre. Gravemente herido en una pierna y queriendo montar de nuevo a caballo, aplicará él mismo sobre la herida, para cicatrizarla, un hierro candente. Con su valor asombra a cuantos le rodean; en medio de los sublevados, de los sicarios que atentan a su vida, no se arredra; condenado a muerte en una guerra civil, pocas horas antes de la señalada para la ejecución, tampoco tiembla, sino que prepara su evasión y la consigue. Valor adquirido desde la infancia. Siendo niño, tenía miedo a los truenos y a los muertos; un día en que en Guayaquil se habían desencadenado todos los elementos, su padre le dejó solo en un balcón, a escuchar el estruendo de los truenos, del viento y del agua. Otra vez, hay un muerto tendido sobre las baldosas de un cuarto; es de noche; cuatro cirios iluminan el lívido rostro del cadáver; el padre envía al niño a encender una bujía a aquellas siniestras llamas. De esta manera Gabriel aprende a dominar sus nervios. Algunos años después, siendo ya mozo, se encuentra en la montaña; para leer, se sienta a la sombra de una roca; y pronto observa que la masa oscilante puede derrumbarse de un momento a otro; su primer movimiento es apartarse; se avergüenza de ello como de una debilidad y permanece, durante una hora, expuesto al peligro.

Aplica al trabajo la misma voluntad de hierro. Estudiante o jefe de Estado, consagra cada día a su tarea diez y seis o diez y ocho horas. En su juventud, las reuniones de sociedad le tentarán un momento; a fin de escapar a ellas con más seguridad, se afeitó la cabeza como un fraile. Al sueño no le dará nunca más de cuatro o cinco horas: «Cuando Dios quiera que descanse –decía– me enviará una enfermedad o la muerte». Más que la mayor parte de sus antepasados de España y de sus compatriotas del Ecuador, tiene la afición y la facilidad del estudio. Su inteligencia es universal; sus facultades maravillosamente equilibradas. A los 18 años se apodera de él la pasión de la ciencia; lo quiere abarcar todo y, efectivamente, todo lo abarca: derecho, idiomas, matemáticas, la química que enseñará más tarde y en la cual será todo un maestro. Se encuentran en él las nobles ambiciones y hasta los acentos de nuestro Federico Ozanam.

Pero, más que Ozanam, él ha nacido para la acción, para el mando. Tiene 24 años; sus amigos le apremian para que escriba la historia del Ecuador; y él contesta: «Más vale hacerla».

Mas, para hacerla en aquel tiempo, en medio de tales trastornos, hay que ser soldado y, si es preciso, cabecilla de partida; esto no asusta a García Moreno; a la primera prueba, se manifiesta guerrero como los conquistadores, y muy pronto capaz de mandar, de organizar, de arrastrar un ejército. Se batirá como un león.

También a imagen de sus antepasados, se reconoce el alma de un justiciero, de un «desfacedor de entuertos». Sueña con la justicia absoluta. Invitado a ser abogado defensor de oficio de un homicida, contesta al Presidente: «Tenga usted la seguridad de que me sería más fácil asesinar que defender a un asesino». Cuando más tarde le reprochen el ser inexorable, dirá: «Vosotros os enternecéis por la suerte de los verdugos; yo me apiado de las víctimas».

Sin duda, al menos en su juventud, no escapa a algunos de los excesos del genio español, aun excitado por los ardores del Ecuador. Su violencia es extrema; es severísimo en cuanto afecta al pundonor. Provocado en duelo por un oficial, acepta, a pesar de las leyes de la religión, y acude al sitio designado; el oficial, arrestado en el cuartel por el coronel de su regimiento –la ley prohibía severamente aquellos combates–, no se encuentra sobre el terreno; García Moreno corre en su busca y le abofetea públicamente. Sus polémicas, en los periódicos, rebasan los límites de la justicia; demasiado invariablemente, sus adversarios le parecen dignos del destierro o del patíbulo. Si no anda con cuidado, a pesar de sus magníficas cualidades, será, como tantos otros de su país, un factor de guerras civiles, un partidario despiadado y fanático.

Sí, pero anda con cuidado y, además, otro, Dios mismo, pone cuidado por él. Conoce la barrera necesaria al temperamento de su raza; está en él. Gabriel García Moreno es un cristiano convencido. Adolescente, pensó en el sacerdocio, y hasta recibió órdenes menores. Dios, que le destinaba a ser el obispo exterior, le prepara a su manera para esas funciones. Si su servidor parece adormecerse, Él le despierta. Un día, en París, paseándose por esas calles de árboles del Luxemburgo en que resuenan siempre tantas confidencias de jóvenes, unas tan altas y otras tan bajas, García Moreno había hecho con pasión la apología del catolicismo y de sus beneficios; un camarada burlón sabiendo que había abandonado algo la práctica, le preguntó bruscamente: «¿Desde

cuándo no ha confesado usted?». «Mañana (contestó Gabriel, con su bella decisión) ese argumento *ad hominem* no tendrá ningún valor». Aquella misma noche hizo a un sacerdote la confesión de sus faltas, y desde entonces se le vio asistir cada día a una misa matinal en esta misma iglesia en que hablamos de él.

La fe y sus preceptos habían venido a ser para siempre la regla de su conducta. Se había sujetado a todos los ejercicios de la vida ascética: la oración, el examen general y particular, las devociones recomendadas. En una palabra: había tendido a la perfección y tomado las medidas más conducentes a ella. «*Omnis gloria ejus ab intus*; toda su gloria le viene de dentro»; tal es el epígrafe, a primera vista sorprendente, de la bella oración fúnebre que, en el décimo aniversario de la muerte de nuestro protagonista, pronunció el reverendo padre Proaño, uno de los miembros de esa Compañía de Jesús que García Moreno había defendido tan noblemente. Y, para justificar su aserto, el orador demuestra cómo, bajo el imperio de la fe, de una fe que lleva hasta el heroísmo, ese gran cristiano comprendió desde entonces el ejercicio de las virtudes morales de prudencia, templanza, justicia y fortaleza, corrigiendo poco a poco lo que al principio había de demasiado natural y demasiado humano en su manera de concebirlas y practicarlas.

En el curso del último año de su vida, el Presidente García Moreno era exclusivamente el hombre de Jesucristo, dispuesto a derramar su sangre, y hasta aspirando a ello, para asegurar el triunfo del reino de Dios y la salvación de su país. «Víctima de su fe y de su amor a su patria», dirá el Papa Pío IX. A esas alturas, a las de la fe y de la caridad, debemos elevarnos, hermanos míos, para juzgar los actos del jefe de Estado de que voy a hablarlos.

II

El Presidente García Moreno se propuso sacar el Ecuador del deplorable estado de anarquía en que, de convulsiones en convulsiones, corría hacia la muerte, y no solamente por los medios que la política puede sugerir, como hacen de ordinario hasta los mejores gobernantes, sino yendo a la fuente misma del mal, curando el mal en su raíz.

En otros términos, afianzado en sus propias convicciones, seguro de poseer la verdad, sabiendo por otra parte, merced a la experiencia de los siglos, que el único remedio contra la anarquía española es la religión católica reconocida y practicada, quiso restaurar el Estado sobre sus bases cristianas y católicas. Propósito seguramente muy digno de un verdadero hijo de España y de la Iglesia. ¡Pero propósito también, en apariencia, casi irrealizable y sobrehumano! Recordad, hermanos míos, de qué manera y en nombre de qué principios se había realizado la revolución que, en menos de quince años, arrebató a España su viejo imperio colonial y cubrió la América Central y la América del Sur de naciones independientes. El primer soplo de libertad había venido de la América del Norte, dueña de sus destinos desde hacía veinticinco años; soplo de protestantismo y de democracia; el segundo había partido de Francia con la declaración de los derechos del hombre; la ocupación de España por los ejércitos napoleónicos había dado la señal de la sublevación. Que el viento soprase del Norte o del Oriente, llevaba consigo el dogma de la soberanía popular y de la igualdad de los individuos, cuya mayoría dictaba la ley. Nada más capaz de sobreexcitar el individualismo español y favorecer sus tendencias anárquicas.

Pero muchísimo más en aquellos países inmensos y nuevos, donde el espíritu de empresa y el espíritu de aventura podían darse libre curso; donde cualquiera que se sintiese un alma de conquistador, o simplemente un alma de ambicioso, estaba seguro de poderse formar una banda de partidarios; países en donde, al lado de los blancos, había indios, negros y mestizos, y esclavos al lado de los amos; donde las más feroces rivalidades personales encontraban a toda hora a su servicio hombres que, desde 1811, no vivían más que de la guerra con sus consecuencias inevitables, el banditismo y el pillaje.

Ciertamente, la inmensa mayoría de los españoles del Nuevo Mundo era adicta a la religión católica; en todas partes el pueblo estaba apegado a la fe de sus padres; el más firme apoyo de García Moreno sería el sufragio universal de un pueblo de creyentes; pero muchos directores, en América, como en la Península, se habían abandonado a la corriente filosófica en que la vieja Europa se inspiraba. Para ellos, la religión católica que proclama los derechos



de Dios y quiere que el Estado, no solamente los respete, sino que los haga respetar, era el enemigo. A fin de minarla, se habían organizado sociedades secretas y sobre todo la francmasonería, hábilmente disfrazada bajo el nombre seductor de *Sociedad de las luces*; hasta curas y religiosos, inconscientes del fin perseguido, habían entrado en ella; los jefes se servían del viejo derecho de patronato, legado de la Monarquía española, para pervertir al clero, o al menos para paralizarlo; el plan de estudios impuesto en las escuelas debía arruinar insensiblemente la fe en el alma popular.

A la anarquía política y social se añadía la anarquía moral. De ahí tantos golpes de fuerza, tantos golpes de Estado, tantas insurrecciones, tantas guerras en el seno de cada Estado y entre aquellos Estados de una misma sangre, de una misma lengua, de un mismo espíritu, hermanos todavía ayer y hoy implacables enemigos. El mismo Bolívar, el gran Libertador, había muerto de pesadumbre después del Congreso de Bogotá, en donde había dejado escapar esta cruel confesión: «Hemos conquistado la independencia, pero a costa de todos los demás bienes». Antes de que él exhalase el último suspiro, Venezuela y el Ecuador se desprendieron de la Gran Colombia. Era el año 1830.

Gabriel García Moreno tenía 9 años cuando su país nació así a la vida nacional. En su infancia, fue educado al ruido de los tiroteos y de las insurrecciones; no oía hablar más que de golpes de Estado y de violencias; y cuando pudo darse cuenta de la situación de su patria, vio que, a pesar de los esfuerzos de ciertos políticos y de ciertos generales, llenos de buena voluntad, pero impotentes, la civilización cristiana, herida en el corazón por la anarquía, la ignorancia y la inmoralidad, iba a extinguirse en el Ecuador. Su altiva y católica juventud sufrió extraordinariamente por ello; mas como era un hombre y un cristiano, su dolor no se convirtió en gemidos, sino en actos; sintió que, porque tenía principios sólidos y verdaderos, y porque le animaba un indomable valor, podría hacer algo donde los demás no podían hacer nada; concibió la justa y santa ambición de ser un jefe, y, si Dios quería, el jefe. Y ahora, hermanos míos ¿le reprocharéis, a él y sólo a él, que a veces hubiese recurrido a la fuerza? Tomó parte en la guerra civil, sí, y la dirigió con indomable vigor, convengo en ello. A fin de prevenir terribles golpes de Estado, tuvo que intervenir en tal

pronunciamiento militar, es cierto. ¿Os atreveréis a declarar que, en semejante estado social y político, los revolucionarios son los únicos que tienen derecho a obrar así? ¿No es condenar a las personas honradas a una derrota segura, a una inevitable opresión? Tengamos, pues, nosotros, el valor de reconocer que García Moreno hizo por el bien lo que tantos otros han hecho por el mal. No nos dejemos engañar por los que tienen tesoros de anatemas contra los 18 Brumario, y tesoros, no diré de indulgencia, sino de admiración, para los 18 Fructidor. Ved con qué impudencia esos revolucionarios tratan de rebeldes a los que, la víspera, eran los mantenedores del poder legítimo, poder, en muchos casos, varias veces secular, y a qué medidas violentas recurren contra los que les oponen resistencia a ellos, gobernantes nacidos ayer y nacidos de la fuerza. La palabra hipócrita debió inventarse para esa gente. ¡Al menos, no nos inclinemos ante sus hipócritas sofismas! ¡Guardemos, no sólo nuestra gratitud, sino también nuestro respeto, para los que lo arriesgaron todo a fin de salvar el orden social y cristiano!

Si yo tratase más de agradaros que de instruiros, me extendería, seguramente, sobre los quince años, tan ricos en episodios dramáticos, en que García Moreno combatió a los que él tenía por los enemigos del bien público, particularmente al radical Urbina y al general Franco; os referiría sus ardientes campañas periodísticas y sus más sorprendentes campañas militares, algunas de las cuales fueron señaladas por sangrientas tragedias; los espantosos peligros que corrió, las persecuciones y los destierros que tuvo que sufrir, las continuas amenazas de muerte que le asediaron, y a las cuales nunca dio más contestación que ésta: «Podéis quebrantar mi vida, pero ninguno de vosotros es bastante fuerte para quebrantar mi voluntad». Os mostraría, en fin, cómo su reconciliación y su alianza con el general Flores, el héroe de la independencia ecuatoriana, desterrado también desde hacía quince años, aseguró su victoria, que fue consumada por la toma de Guayaquil, el 24 de septiembre de 1860, festividad de Nuestra Señora de la Merced.

¡Pero no! Es preciso que abrevie y os conduzca al punto esencial de este discurso: la consritución cristiana del Estado ecuatoriano, su regeneración, su progreso en las vías de la civilización.



¿Puedo, sin embargo, dejar de saludar de paso la influencia que ejercieron sobre el grande hombre del Ecuador nuestra Francia y nuestro París, esta Francia y este París hacia los cuales de buena gana dirigen hoy de nuevo sus miradas las naciones y particularmente las de la América del Sur? De los dos París, siempre en presencia, García Moreno conoció y amó el que demasiado a menudo los extranjeros desdeñan, el París de la ciencia y de la religión. Siguió los cursos de nuestros sabios; estudió el mecanismo de nuestras administraciones; vio la anarquía domada por los primeros años del régimen imperial; frecuentó nuestros curas y nuestros religiosos; aprendió a conocer esas admirables congregaciones que pronto iba a llamar para que le ayudasen en su obra de resurrección y que habían de cubrir el Ecuador de escuelas y de instituciones benéficas. En París igualmente leyó la *Historia Universal de la Iglesia*, de Rohrbacher, que le desembarazó de las teorías regalistas y galicanas que antes había recibido de sus maestros de la Universidad de Quito, y que acabó de revelar el papel político y social de la Iglesia a través de las edades. García Moreno debió mucho a la Francia cristiana; no me sorprende que la amase y que en una hora de terrible angustia para su país invadido y traicionado, pensase que la bandera francesa podría, de acuerdo con la voluntad popular, cubrir y salvaguardar su independencia amenazada por sus vecinos. Que otros le recriminasen esa idea, ¡allá ellos! Nosotros, franceses, le queremos más por eso.

* * *

El primer acto de García Moreno, después de su elevación a la Presidencia de la República, fue la conclusión de un Concordato con la Santa Sede y la reforma del clero, emprendida de acuerdo con el Papa. ¡Extraño comienzo!, me diréis. Como el Ecuador agonizaba a causa de una Constitución ultrademocrática que a cada instante ponía al Poder en conflicto; a causa de los pronunciamientos militares que privaban al Estado de toda estabilidad; a causa de una ruina económica producida por tantas guerras; a causa de la falta de comunicaciones entre regiones separadas por altas montañas, por pantanos y por desiertos; a causa, en fin, de una ignorancia crasa en que vegetaban españoles e indígenas.

¡Y cuando ese hombre de Estado a quien elogiáis quiere regenerar su país, negocia desde luego un Concordato! ¡El fanático! Sí; y el porqué de su conducta lo expuso él con una lógica admirable ante el Congreso de 1863, en que sus adversarios formaban la inmensa mayoría. Queréis el progreso material; el progreso científico, el progreso tal como lo entiende la mayor parte de las naciones modernas y del que tanto se enorgullecen; ese progreso, yo también lo quiero como vosotros y más que vosotros; quiero desarrollar la instrucción, quiero explotar las tierras incultas, quiero restaurar la fortuna pública y a ello me aplico sin tregua ni descanso. ¿Pero de qué servirán tales progresos si la moralidad pública, alma y vida de la sociedad, cae en una decadencia irremediable? ¿Y cómo reformar la moralidad de este pueblo si el clero, convertido en esclavo de los partidos, y quizá de las sectas, olvida su misión evangélica? ¿A quién escucharán, pues, esos ciudadanos y esos campesinos, sino a sus curas? ¿Pero cómo reformar al clero, si no se restituye a la Iglesia su libertad de acción y la independencia de que la dotó su divino fundador? He aquí por qué quiero romper las cadenas de la Iglesia y renunciar a todos esos viejos derechos del Estado que tanto interés tienen en conservar los Gobiernos hostiles a la Iglesia. He aquí por qué envío mi representante a Roma, no para dictar leyes al vicario de Jesucristo, sino para exponerle nuestros males «como un enfermo al médico». He aquí por qué pongo a sus pies el *exequatur* y la apelación a los tribunales seculares, por qué restablezco los tribunales eclesiásticos, por qué dejo al jefe de la Iglesia el cuidado de nombrar a los obispos y a éstos el derecho de proveer las funciones eclesiásticas. Quiero que los curas sean lo que deben ser, y yo, hijo humilde y sumiso del Papa, reclamo de él, como una condición *sine qua non* de la ratificación del Concordato, que use inmediatamente y sin debilidad de todo su poder para realizar la reforma necesaria. La iglesia vigilará la escuela y los dos poderes unidos procurarán, conforme a la voluntad de Dios, salvaguardar la pureza de la fe y la integridad de las costumbres.

¡Ah! He aquí el verdadero fin de un Gobierno cristiano que no tiene únicamente por objeto —¿no estuvieron convencidos de ello Carlo Magno y San Luis?— la prosperidad temporal de los pueblos. Además, la prosperidad temporal ¿no guarda relación estrecha con la prosperidad moral de una nación? Mientras se



negocia el Concordato, García Moreno lucha con una energía casi feroz contra la calamidad de la anarquía militar; tal general sedicioso será fustigado como un simple soldado; tal otro, rebelde a mano armada, será fusilado. «Quiero, dirá García Moreno, que la casaca negra mande a la casaca encarnada». ¿Y no era necesario para que el orden renaciese en un país donde la autoridad civil estaba al capricho de una banda armada mandada por un ambicioso sin escrúpulo? Ciertas ejecuciones parecieron crueles. ¿Reprochamos a Richelieu el haber dejado decapitar a Montmorency?

Al mismo tiempo también la Hacienda se rehace, las escuelas se fundan, la grandiosa carretera de Quito a Guayaquil, hasta entonces reputada imposible, se emprende. Verdaderamente, el Ecuador empieza a renacer. ¡Qué importa! Los revolucionarios se agitan; el Presidente de Colombia, Mosquera, se presenta como libertador para «sustituir el régimen teocrático con el régimen republicano»; el Perú interviene a su vez y sostiene a los conspiradores; es la guerra en el exterior y la traición en el interior; las asechanzas multiplicadas, las tentativas de asesinato repetidas. Durante cuatro años, García Moreno hará frente a todo y a todos y vencerá. Su primera presidencia termina: ha reaccionado contra el mal.

Por segunda vez, en 1869, la voluntad del pueblo le llama al poder. «No volveré a subir, había dicho, sino en el caso de que me obliguen a ello los irreconciliables enemigos de la Iglesia y de la patria». Este era el caso; hablan transcurrido cuatro años y su obra amenazaba ya ruina. Se trataba de hacerla duradera, no sólo de reaccionar, sino de organizar. Era necesario investir la autoridad de una fuerza suficiente para resistir a la anarquía, y armonizar las instituciones con la doctrina católica. Una Convención nacional reforma la Constitución; un plesbiscito la confirma. Constitución razonable y sabia que pone un término a la omnipotencia del Parlamento, disminuye la intolerable frecuencia de las elecciones y da al Presidente, elegido en lo sucesivo por seis años y reelegible una vez, el medio de seguir una política y de hacer el bien. Constitución cristiana también, promulgada en nombre de la Santísima Trinidad, y que, en pleno siglo XIX, «disipó la pretendida imposibilidad de aplicar el derecho cris-

tiano a las sociedades modernas y de establecer el reino social de Jesucristo».

Entonces García Moreno pudo consagrarse enteramente a su obra civilizadora. Como los más grandes soberanos cristianos, como nuestro San Luis, tuvo el cuidado, demasiado ajeno a los gobiernos modernos, de velar por la moralidad privada, base de la moralidad pública; blasfemadores, concubinarios, borrachos, libertinos, fueron perseguidos y castigados. Los funcionarios de todo orden y de toda categoría fueron obligados a cumplir estrictamente con su deber. El Presidente los vigiló, y a veces, no lo niego, obró con ellos como los buenos califas de la historia o de la leyenda. En el hospital de Guayaquil había enfermos acostados sobre una simple estera:

—¿Por qué?, pregunta él al administrador.

—Por falta de recursos.

—¡Usted, que está bien de salud, tiene una buena cama, al paso que esos dolientes miembros de Jesucristo no tienen para descansar más que el duro suelo!

—Dentro de algunas semanas, habré remediado eso.

—¿Dentro de algunas semanas? No. Dormirá usted como ellos y a su lado sobre esas esteras hasta que todos tengan cuidado.

Aseguran que en veinticuatro horas el hospital quedó provisto. ¿No es cierto que otros países ganarían afirmando así la responsabilidad de los administradores respecto a sus administrados? Igual energía, igual honradez muestra en la reforma de todas las administraciones, en la ejecución de las obras públicas que abrían aquel espléndido país a la vida económica; las carreteras salvaban los abismos y escalaban las montañas; se construían puertos y se formaban factorías.

Sobre todo la lucha contra la ignorancia era sostenida con una incomparable tenacidad. ¡Nada de derechos cívicos para los analfabetos! En seis años, la transformación fue tal que puede decirse que en su país García Moreno había pronunciado el *¡Fiat lux!* El número de alumnos de las escuelas primarias se había elevado de 8.000 a 32.000. En los principales centros se crean como por encanto colegios secundarios, escuelas profesionales y técnicas para varones y señoritas; en Quito, una nueva Universidad,



verdaderamente católica por la doctrina y maravillosamente provista de todo lo necesario para el trabajo científico; un observatorio astronómico, una escuela de Bellas Artes, un Conservatorio de música religiosa y profana. Los mismos indios tenían sus escuelas y su iglesia. El Evangelio les abría el camino de la vida civilizada.

«Dios nos bendice», decía García Moreno contemplando la obra realizada. Como su Presidente, bajo la influencia del cristianismo integral, el Ecuador iba a convertirse en una de las flores más bellas del genio español. A esa obra civilizadora habían sido asociados muchos extranjeros, sobre todo franceses; sabios, religiosos y religiosas que alegremente se habían puesto a trabajar. ¡Honra a vosotros, hijos de Santo Domingo y de San Ignacio, hijos e hijas de San Vicente de Paúl, hijos de San Juan Bautista de La Salle y de San Alfonso de Ligorio, y vosotras, religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que habéis hecho bendecir, en tierra extranjera, al mismo tiempo que el de Jesús, el de nuestra amada Francia! ¡Uníos a mí en el homenaje que hoy rendimos al héroe de la civilización cristiana que, tan justamente, había puesto en vosotros una confianza a que nunca habéis faltado!

* * *

¡El héroe de la civilización cristiana! Al principio de este discurso, inspirándome en las propias palabras del Congreso de Quito, dije «el mártir». ¿Mártir? ¿Por qué él y no otros? ¿Qué de Presidentes, qué de Soberanos, en la América del Sur y en otras partes, han muerto asesinados! ¿Para cuántos la muerte violenta no ha sido más que un supremo accidente, consecuencias de sus propias violencias, o simplemente del odio de los partidos? Pero los hay que han dado su vida por su causa; y a esos, cualesquiera que sean, les respetamos; nos inclinamos ante la nobleza de su sacrificio. ¿Les reconoceremos, sin embargo, un derecho al título sagrado de mártir? Recordad, hermanos míos, la fuerte doctrina de San Agustín: *causa non poena martyrem facit*; es la causa, y no el suplicio, la que hace el mártir. Ser mártir es morir por una justa causa, es morir por la verdad, es morir por la fe, sabiendo que se ha expuesto a morir y prefiriendo la muerte al sacrificio, no solamente de su fe, sino de la manifestación exterior de su fe.

Su fe, hacía años que García Moreno la exponía a la faz del mundo. No sólo era la inspiradora de sus actos públicos y de su vida privada, sino que tenía empeño en proclamarla muy alto en circunstancias que lo elevaban al estado de heroico. ¿No se le había visto, desdeñando los sarcasmos de otros jefes de Estado, llevar a hombro, por las calles de Quito, una pesada cruz, a imagen del Salvador, y plantarla sobre un montículo? En 1870, cuando el universo callaba, ¿no había dirigido al conquistador de Roma su protesta indignada y enviado subsidios a Pío IX despojado? «¡Ah! Si ese fuese un techo poderoso –había exclamado el Santo Pontífice– el Papa tendría un apoyo en este mundo».

En 1873, en fin, habla realizado su gran acto, cuyo recuerdo elogiaba la Santa Sede estos días: de acuerdo con el Congreso y el tercer Concilio de Quito, había sido el primero en consagrar solemnemente su país al Sagrado Corazón. El furor de los enemigos de la Iglesia y sobre todo el de los francmasones, en ambos mundos, no tenía límites. Veían con rabia acercarse el día en que, justamente recompensado por el sufragio popular de la prosperidad que él habla asegurado a su país, García Moreno iba a ser nuevamente elevado a la Presidencia de la República y podría consolidar su obra antes de retirarse a la vida privada. En mayo de 1875 fue reelegido. En seguida se afilaron los puñales; Lima fue el centro de la conjuración. García Moreno no ignoró nada de lo que se tramaba; durante tres meses, miró a la muerte de frente y la saboreó de antemano, sin cambiar en nada su conducta, sin dejar ceder una sola de sus resoluciones. En el mes de julio escribía ya al Papa una carta admirable, que respira la piedad de un santo y como la sed del mártir. «Hoy día en que las logias de los países vecinos, excitadas por Alemania [era el tiempo del *Kulturkampf* nacional e internacional], vomitan contra mí toda clase de injurias atroces y horribles calumnias, procurándose en secreto los medios de asesinar me, tengo más que nunca necesidad de la protección divina a fin de vivir y morir en defensa de nuestra santa religión y de esta amada República que Dios me llama a seguir gobernando. ¿Qué mayor honor puede caberme, Santísimo Padre, que verme detestado y calumniado por amor a nuestro divino Redentor? ¡Y qué mayor honor también si vuestra bendición me obtuviese del Cielo la gracia de verter mi sangre por Aquel que siendo Dios, quiso verter la suya por nosotros en la cruz! Dios no le negó esa



gracia. Desde que, para la salvación de los hombres, dejó que su Hijo subiese al Calvario, el Calvario corona las vidas más útiles y generosas. Los hombres no lo comprenden; Dios sabe lo que hace.

El 4 de agosto, despidiéndose de un amigo, le dice: «Voy a ser asesinado; me alegro de morir por la fe; nos veremos en el cielo». Y, como si leyera en el corazón de aquel amigo la pregunta que hay en el fondo de los nuestros: «¿Dios mío, Dios mío! ¿Por qué dejáis partir así a los que os sirven, y a la hora en que parecen deber asegurar el triunfo de vuestra causa?», añadió: «Los enemigos de Dios y de la Iglesia pueden matarme; Dios no muere». Ya sabéis que ésta era su máxima favorita; ella expresaba tan perfectamente su humildad y su fe, que ha sobrevivido en la memoria de los hombres como la frase que le resume enteramente. El 5 de agosto, un cura le previno que, probablemente, el crimen sería intentado al siguiente día. El Presidente, imperturbable, no cambió nada de sus costumbres y trabajó gran parte del día en el Mensaje que debía leer al Congreso y en que exponía la obra realizada «desde que la religión presidía los destinos del país». El día siguiente, 6 de agosto, era la festividad de la Transfiguración y el primer viernes del mes. García Moreno comulgó piadosamente. Ya los conjurados le acechaban; no pudieron alcanzarlo a la salida de la iglesia. Regresó a su casa y dio la última mano a su Mensaje. A la una, provisto de ese papel, que debía comunicar a los ministros, salió. Los asesinos estaban apostados en torno del Palacio Presidencial. El sol resplandecía en el cielo. García Moreno entró en la catedral y oró. Temiendo que se les escapara otra vez, los conjurados le hicieron decir por un cómplice que se le esperaba para un asunto urgente. El salió entonces. Apenas llegaba a la plataforma de Palacio cuando el conjurado Rayo le dio una cuchillada en la espalda y otra en la cabeza, mientras los demás descargaban sobre él sus revólveres. Rayo se encarnizó en su víctima, le sajó el brazo izquierdo, le cortó casi completamente la mano derecha y le infirió numerosas heridas en la cabeza. «Dios no muere», murmuró por última vez el héroe cristiano.

Transportaron su cuerpo a la catedral, y allí, sobre el suelo sagrado, después de haber atestiguado con una mirada que perdonaba a sus verdugos, entregó su alma a Dios. Su escapulario, la imagen de Pío IX y su último Mensaje estaban tintos en su sangre.

Tal fue la muerte de García Moreno. ¿Se le puede dar el título de mártir? Sin prejuizar más de lo que yo lo hago el juicio definitivo de la Iglesia, la mayor parte de los oradores sagrados que han pronunciado el elogio fúnebre de García Moreno no han vacilado en servirse de ese vocablo. Circunspecto, porque la palabra de un Papa, aunque no se pronuncie *ex cathedra*, es cosa grave, Pío IX dijo que había caído «víctima de su fe y de su amor a la patria». León XIII fue más lejos. Cuando, en 20 de enero de 1888, Antonio Flores, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Ecuador, le presentó como una reliquia preciosa, en un cofrecito de cristal, el Mensaje tinto en sangre del antiguo Presidente, el Papa, en su contestación, no vaciló en aplicar a García Moreno las palabras de que la Iglesia se sirve para celebrar la memoria de dos mártires canonizados, Santo Tomás de Cantorbery y San Estanislao de Polonia, citando la oración misma de su oficio litúrgico: «*Pro Ecclesia gladiis impiorum occubuit*; por la Iglesia cayó bajo la cuchilla de los impíos». Santo Tomás de Cantorbery, San Estanislao de Polonia, Gabriel García Moreno, ¡qué afinidad! Basta, hermanos míos, no disputemos a nuestro protagonista el título glorioso que, en su dolor y su admiración, le confirieron sus conciudadanos a la hora misma de su muerte. Flor del genio español en el Nuevo Mundo, García Moreno fue mártir de la civilización cristiana. ¡Honor a los pueblos que producen tales hombres! ¡Honor a la Iglesia que suscita tales servidores! ¡Que Dios nos permita seguir humildemente sus huellas, a fin de que, menos grandes que ellos, pero fieles como ellos mientras vivamos, les encontremos un día en el seno de la bienaventurada eternidad!